

EL P. MELCHOR MARTINEZ

por

RICARDO DONOSO

HASTA ahora el P. Melchor Martínez ha sido considerado como un escritor político, por cuanto el único de sus trabajos que ha visto la luz pública es su *Memoria histórica sobre la revolución de Chile*, impresa en Valparaíso en 1848, y que constituye un precioso documento para la historia de la génesis de la independencia de esta parte de la América.

Espíritu observador y acucioso, realista decidido, el P. Martínez pudo trazar un cuadro bastante exacto de la penetración de las ideas de los enciclopedistas, de la forma en que prendieron en el alma de los criollos y de la influencia de los vientos renovadores que, a través de Buenos Aires, llegaron hasta estas tierras. Testigo apasionado del drama que se desarrollaba ante sus ojos, impotente para impedirlo, elaboró un testimonio que hoy utilizamos como el de un documento inapreciable.

Conocido es el origen de esta obra: el 31 de julio de 1814 el Ministro Universal de Indias, Lardizabal, transmitió una orden, en la que se autorizaba al general Mariano Osorio para que hiciese formar una relación histórica de los sucesos de la revolución de Chile, a fin de “comprobar los hechos —decía— y convencer plenamente de su realidad, y desvanecer las dudas y falsedades que por la diversidad de opiniones e intereses particulares se suscitarán probablemente en otros escritos en que se tratará talvez con siniestro empeño de desfigurar en todo o en parte lo que se dijere sobre estos asuntos”.

El año anterior se había perdido el país para las armas patriotas, y había comenzado el sombrío período que los historiadores nacionales denominan de la reconquista española. El Gobernador pesó con cautela el compromiso que contraía antes de dar cumplimiento a la orden que recibiera, hasta que resolvió confiar la redacción de la obra al P. Melchor Martínez, designando en el cargo de consultores al Obispo de Santiago, doctor José Santiago Rodríguez, y a los señores doctor José Joaquín Rodríguez y Judas Tadeo de Reyes, “asesor y secretario de esta Presidencia —decía el decreto— que por sus luces, experiencia de los sucesos y vasta inteligencia de las materias, consultará V. P. el prospecto de la obra y las dificultades que se le ofrezcan en su continuación”.

El P. Martínez acometió de inmediato sus tareas: compaginó sus recuerdos, consultó a sus contemporáneos y registró los archivos gubernativos, reuniendo un caudal valioso de documentos que, a no mediar esta circunstancia, posiblemente se habrían extraviado y perdido para la posteridad. Al entrar a Santiago las tropas vencedoras de Chacabuco encontraron en el palacio gubernativo un voluminoso cuaderno manuscrito, que contenía los originales del P. Martínez, que conservó el propio general don Bernardo O’Higgins, y al año siguiente, siendo Ministro de Estado don Antonio José de Irisarri, se hizo sacar una copia que fué depositada en la Biblioteca Nacional. Esta copia fué la que se utilizó en la edición de Valparaíso de 1848, que lleva un prólogo firmado por don N. Ezquerro, pero que en realidad fué escrito por don Bartolomé Mitre.

Sin embargo, el P. Martínez había escrito anteriormente otra Memoria, sobre las costumbres y creencias de los araucanos, que es la que ahora se publica por iniciativa de mi amigo el presidente de la Sociedad Argentina de Antropología, doctor Fernando Márquez Miranda. Para explicarse el origen de este documento, es necesario remontarse a los primeros años de la vida del autor y de su residencia en Chile. Nacido en 1762 en un pueblo de la provincia de Burgos, a temprana edad tomó el hábito de recoleto franciscano, y pasó a Chile, a prestar sus servicios en el *Colegio de propaganda de la fe*, que esos religiosos tenían en Chillán. Allí recibió las órdenes sacerdotales, cuando apenas tenía 24 años de edad, y poco después entró al territorio araucano, donde inició su predi-

cación evangélica. Diecinueve años permaneció el P. Martínez en el servicio de las misiones, lo que le permitió no sólo aprender la lengua araucana, sino que conocer y estudiar prolijamente las costumbres de los aborígenes de esa parte del territorio de Chile. Con sobra de justicia se jactaba pues de que "en diez y nueve años continuos, empleados en la conversión y civilización de dichos indios, con residencia continua entre ellos, inteligencia y uso de su idioma, estudio y observación particular, en cuyo tiempo he residido y recorrido muchas veces casi todo el país de estos bárbaros, conocido y tratado casi todos sus principales caciques, y observado todas sus costumbres e inclinaciones".

En 1805 el P. Martínez fué llamado al Colegio de Chillán, y al año siguiente se le destinó al convento de su orden en Santiago. Hallándose aquí, el Capitán General don Luis Muñoz de Guzmán le pidió un informe o Memoria sobre la conveniencia de establecer misiones viajeras o transeúntes en la Araucanía para bautizar los párvulos de los indígenas, proyecto que se venía agitando desde algunos años a esa parte, y que había encontrado buena acogida en las autoridades del Reino. El 15 de febrero de 1806 el Gobernador le dirigió una nota en la que le consultaba su opinión al respecto, a la que el P. Martínez dió respuesta tres meses más tarde en una extensa comunicación, que es la que ahora se publica por primera vez.

De esta Memoria se ha suprimido toda la primera parte, en la que el autor se enfrasca en disquisiciones teológicas, muy del gusto de la época, pero de ningún interés científico para nuestra curiosidad actual. La "Introducción preliminar conducente a la mejor inteligencia de la materia", llena de interés por las noticias autobiográficas que contiene, se transcribe en su integridad, así como los capítulos que llevan por título "Civilización y costumbres de los indios", "Noticias del Pillán, Adivinos y Brujos" y "Principios, progresos y estado actual de la religión católica en los indios de Chile".

Se han suprimido igualmente algunas páginas del capítulo que lleva por título "Prospecto y explicación de una misión circular", que no tienen mayor valor para nuestros propósitos, y en las finales algunas, llenas

de unción religiosa y fervor apostólico, pero que no tienen un solo dato de interés para la etnología.

Como resultado de la observación de un hombre tan autorizado como el P. Martínez, el documento que se publica ahora constituye un aporte valioso para el estudio de las costumbres y creencias de los araucanos en la segunda mitad del siglo XVIII. Por su larga residencia en la Araucanía y por la independencia con que están trazados los rasgos de la vida de ese pueblo, las páginas del P. Martínez tendrán que ser consideradas como de las más autorizadas que emanaron en ese siglo. Los escritores de la Compañía de Jesús que escribieron sobre los araucanos, el naturalista don Juan Ignacio Molina entre ellos, no recorrieron personalmente el territorio araucano, o escribieron sin mayor investigación y estudio, por lo que sus relatos apenas si pueden considerarse como testimonios de segunda mano.

Esta breve reseña de la labor intelectual del P. Martínez quedaría incompleta, si no consignáramos algunas palabras sobre los últimos años de su vida. Después del desastre de las armas realistas en la jornada de Maipú, el P. Martínez fué confinado a San Luis, donde permaneció hasta 1820, en que un vecino de Mendoza obtuvo autorización para llevarlo a su casa de campo en las inmediaciones de esa ciudad, en calidad de capellán. Allí vivió el P. Martínez algunos años, hasta 1825, fecha en la que logró pasar a Buenos Aires y embarcarse para España. Se estableció en Burgos, donde obtuvo una plaza de capellán en un monasterio. Aunque no se vió libre de achaques y enfermedades, consagró alguna atención a las tareas literarias, y redactó una relación de los sucesos de la revolución chilena desde sus primeras manifestaciones hasta 1820, pero que desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros, y de la que sólo se sabe su existencia por lo que acerca de ella dice el apasionadísimo don Mariano Torrente en su *Historia de la revolución hispano americana*.

El P. Martínez murió alrededor de 1840. Su nombre está ligado a la historia de la independencia de Chile por su valiosa Memoria, y desde ahora por su estudio de la vida, costumbres y creencias del pueblo araucano.

Hombre de no bien limada pluma, pero de ánimo entero, bien merece un perdurable recuerdo y el que se exhume del polvo del olvido el fruto de sus afanes. "Advierto que he meditado y reflexionado mucho para escribir u omitir estos puntos —escribía— por los motivos que ocurren a primera vista, pero no soy tan cobarde que no quiera más bien sufrir las resultas, que no que lo padezca la causa que defiendo".

A un siglo de distancia de su muerte, la posteridad no le regateará elogios, ni menos el haber escrito con valor y sinceridad cuanto vió y observó de cerca, en su trajinante y aporreada existencia, en la que fuera Capitanía General y Reino de Chile.